

Capítulo 7

Las cicatrices de la determinación social en el estado nutricional

David Acurio Páez

*No hay relaciones sociales sin espacio
y no existe espacio sin relaciones sociales,
Aún más, el espacio urbano supone simultaneidad,
encuentros, confrontación de diferencias
y expresión de los desequilibrios.*

Lefebvre

INTRODUCCIÓN

La alimentación “expresa a la vez y de golpe todo tipo de instituciones; religiosas, jurídicas [y] morales” (Mauss 2009, 157), incluye la producción, la distribución, el consumo y el desecho de alimentos (Contreras 1993). Todos estos procesos están subordinados a las condiciones que impone el capitalismo hegemónico, capitalismo que es no solo una forma de producción, sino un esquema de reproducción social y una cultura que se manifiesta y reproduce en el consumo (Bourdieu 2013; Harris 1999; Fischler 1995; Bertran 2015; Appadurai 1991).

Hay un proceso de determinación social (Breilh 2013a, 2013b, 2020) del consumo de alimentos y la malnutrición que es producto de históricas tensiones existentes entre la acumulación de capital y conservación de la vida y la salud, tensiones que dejan marca —cicatrices— en los territorios, llámense estos cuerpos, barrios, ciudades o países.

Por ello, hacer un estudio de la alimentación como hecho social total demanda abandonar el análisis centrado en el individuo y asumir la existencia de una complejidad con al menos tres movimientos:

el primero el que se da entre las tres dimensiones de la realidad; general, particular y singular, un segundo el que se establece ente el objeto y sujeto de investigación en el campo de la praxis y un tercero un movimiento de autonomía relativa, que se contrapone a la subsunción y regulación generadas por las condiciones generales del sistema. (Breilh 2003, 124)

Este artículo posiciona su análisis desde la epidemiología crítica y tiene como objetivo comprender las expresiones territoriales del proceso de determinación social del estado nutricional de niños y niñas menores de 5 años que asisten a centros de desarrollo infantil en el área urbana de Cuenca, Ecuador.

El texto presenta parte de los resultados de la investigación realizada entre 2018 y 2020 y está organizado en cinco componentes: el primero presenta una proposición conceptual; el segundo formula una metodología que le es consecuente a la proposición conceptual; el tercero encara los resultados del estudio transversal sobre el estado nutricional estudiado; el cuarto se enfoca en la expresión geográfica de la determinación y, finalmente, el quinto muestra un componente de discusión y conclusiones acerca de lo abordado.

PROBLEMA

El sistema alimentario hegemónico mantiene como esencia la explotación agroindustrial a partir de los siguiente elementos: primero, el monocultivo extensivo; segundo, la sobreexplotación de los productores y trabajadores agrícolas de las grandes plantaciones y, tercero, la optimización máxima de utilidades mediante instrumentos financieros e industriales como los commodities y la elaboración de productos comestibles industriales altamente procesados (hiperprocesados) (Veraza 2007, 2008).

La expresión del sistema alimentario en Ecuador muestra un espejismo de crecimiento anual del 4,8 % de la producción agrícola desde el año 1996 (Maldonado 2011; Calero León 2011), pero la extensión de tierra dedicada a la agricultura disminuyó de 28,6 % del territorio en 1990 a

26,9 %, en 2005. Lo que se incrementó fue la superficie de siembra de cultivos para exportación como el cacao, plátano y palma y los cultivos de caña y maíz duro para la gran industria, mientras disminuyó la cosecha de cebada en un 13 % o de choclo en 22 % (Aguinaga y Flores 2012).

La pérdida de soberanía alimentaria tiene como consecuencia una alta prevalencia de desnutrición infantil, para 2018 era de un 23 % en los niños menores de 5 años (Freire et al. 2014; INEC 2019), algo muy superior al promedio de América Latina y el Caribe, que se estimó en 9 % (UNICEF, 2019) y muy lejos de la meta mínima de los objetivos de desarrollo sostenible (ODS) de 2030, que proponen llegar a un 12,2 % de niños con retraso en crecimiento.

La provincia del Azuay, cuya capital es la ciudad de Cuenca —área del presente estudio—, ha mantenido también porcentajes de desnutrición infantil superiores al del promedio de país. Así, en 2012, según Freire et al. (2014), era del 29,9 % y para 2018, de acuerdo con el reporte de Ensanut (INEC 2019), era de un 28,79 % de niños menores de 5 años con desnutrición crónica.

MARCO TEÓRICO

El presente estudio asume el paradigma de la epidemiología crítica y se sustenta en cuatro categorías fundamentales: a) la reproducción social como lógica explicativa de las relaciones de complejidad existentes; b) la determinación social de la salud y el estado nutricional; c) la hegemonía como proceso de imposición-aceptación de la realidad social, y d) el metabolismo sociedad-naturaleza

La reproducción social y el sistema alimentario

Samaja (2009) propone que la naturaleza primordial de los seres vivos es la reproducción de sí mismos (homeostasis y homeorresis) y de otros del mismo tipo (procreación). Su esencia es la reproducción

de la autoconciencia como saber emergente de su vínculos sociales, igualmente la reproducción de las relaciones materiales y jurídicas, que permiten mantener integrados todos los modos de vida en una misma supracomuna, lo cual constituyen el sentido ordinario del Estado.

Para que este proceso de reproducción social no atente contra la propia vida y reproducción del sujeto comunitario, Breilh plantea que debe estar sustentado, cuando menos, sobre cuatro valores esenciales; sustentabilidad, soberanía, solidaridad-organicidad y seguridad de la vida (salud), si estos aspectos se afectan, lo que se produce es un ciclo malsano que condena a la autodestrucción (Breilh y Tillería 2008; Breilh 2011, 2014).

La alimentación asegura la reproducción biológica y la reproducción de los símbolos que conforman la autoconciencia y la conducta comunal (Giraldo da Silva et al. 2005) y le da contenido a las redes simbólicas con las que se construye una diferenciación ligada a la posesión de bienes materiales y la inserción de clase (Fischler 1995), que genera la reproducción social hegemónica.

La alimentación es producto de las distintas formas de relación entre sociedad y la naturaleza y entre el sujeto (S) y la materia prima (M), relación con la que se cultivan o transforman productos alimenticios. La apropiación de la naturaleza se da “dentro de una determinada forma social y mediante ella” (Schmidt 1977, 76), donde la tierra es un medio de producción y un instrumento estratégico y el alimento producido está marcado por la forma en que se ejecuta el trabajo humano (Bartra Vergés 2006).

La producción de alimentos, como un bien con valor de uso, tiene dos caminos: el de resolver las necesidades de subsistencia y el de convertirse en mercancía que es negociada en el mercado. En la actualidad, el mercado de alimentos; sin procesar, procesados o hiperprocesados está absolutamente subordinado a los intereses del capital, que ha transformado los alimentos en valores de cambio transables en las bolsas de valores como *commodities* homogéneos que generan un plusvalor extra al capital financiero y, paulatinamente, controla las condiciones de producción del pequeño agricultor.

La soberanía alimentaria como una producción libre de agrotóxicos, destinada principalmente para el consumo local y reivindicando el valor de uso de los alimentos, es la forma sana y sostenible de relación con la naturaleza y, por lo tanto, una forma de resistencia frente a las lógicas acumulación de capital.

DETERMINACIÓN SOCIAL DEL CONSUMO ALIMENTARIO Y EL ESTADO NUTRICIONAL

Las condiciones biológicas están determinadas por las condiciones sociales. Por lo tanto, la complejidad de dichas relaciones y procesos exige reconocer tres dimensiones de la determinación, una general, una particular y otra singular, que explican el conjunto de contradicciones, tensiones y movimientos existentes entre ellas (Breilh 1977; Castellanos 1990).

La dimensión de lo general hace referencia a las condiciones estructurales que entran en juego en el proceso de determinación de la salud (Breilh 2010). Es “la estructura de distribución del capital y los mecanismos que tienden a garantizar su reproducción” (Bourdieu 2013, 31). El componente de esta dimensión general es el sistema alimentario capitalista, “cuyo rasgo distintivo es ser esencialmente inadecuado a las necesidades consuntivas de los seres humanos, por ser adecuado para las necesidades productivas del capital” (Veraza 2007), donde los alimentos se han convertido en instrumento de dominio y sumisión a los países del tercer mundo (Rubio 2015, 40).

“La dimensión particular reconoce la existencia de distintos modos de vida que son la expresión estructurada y dinámica del perfil epidemiológico, que articula las relaciones de poder de clase, etnia y de género, que condicionan patrones estructurados del vivir, en colectividades definidas” (Breilh 2010, 43), así como también las relaciones que cada uno de estos grupos establece con la naturaleza (Breilh 2015).

El modo de vida responde a la clase social, entendida, en palabras de Agustín Cueva (1988), como los grandes grupos que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción históricamente